

Un día cualquiera...

por Carlos Milovic F.

Lunes. Un gallo canta a unas decenas de metros de la choza que sirve de vivienda a una modesta familia. Bueno, si choza es una palabra apropiada. Casitas de madera se contrastan con robustos edificios gubernamentales, salpicando el paisaje de la pequeña ciudad. Recién el año anterior habían estado de aniversario, 350 años desde su fundación. Sin embargo nadie había celebrado. La guerra apaleaba al país. Por estas fechas, no obstante la situación, ella estaba en franca decadencia, y el deprimido país, luego de haber sido obligado a retroceder hasta su propio territorio, esta a pasos de la rendición.

Lentamente la vida cotidiana empieza a cobrar vida. La ciudad entera despierta, y, por supuesto, también los varios integrantes de esta casa. Los niños toman un precario desayuno, para dirigirse a la escuela elemental. Pese a ser de pocos recursos, tienen la dicha de vivir en un lugar una vez próspero, con un astillero y fábricas textiles. Incluso los militares pensaron lo mismo; sus más de 300.000 habitantes proporcionaban un enclave ideal para realizar la manufacturación de armamento, surgiendo así una cercana base. El río Ota, que dividía originalmente el territorio en seis pequeñas islas, genera un canal de comunicación expedito con el mar, cargando los productos fabricados y repartiéndolos en el frente de batalla. Los adultos, en su mayoría enfermos o heridos, se dirigen a las fábricas, acompañados de sus hijos más grandes, en edad aún precoz para poder dar su vida luchando al glorioso emperador. Sólo los enfermos, ancianos, mujeres y personal de permiso podían participar activamente, ya que cualquier varón con la edad suficiente, era llamado a servir al honor de la nación.

De un golpe se cierra la puerta. La casa queda vacía a excepción de la pequeña de 2 años y su vetusta abuela. La bebé, luego de ser vestida, es dejada en el patio posterior de la casa. El piso, de tierra, surcado de diminutas plantas y arbustos, se ve adornado con algunas hojas caídas del árbol vecino que asoma sus ramas por encima de la precaria cerca. La anciana, mientras, recoge la loza y se dispone a lavarla.

El sol, poco a poco empieza a calentar cada vez más, augurando grandes temperaturas. Unos juguetes de madera, hechos por el difunto padre varios meses ha, víctima de la guerra, reposan en el regazo de la niña, que escudriña el cielo. Un ruido de motores se siente a lo lejos, muy lejos. La vieja asoma sus cansados ojos por la ventana, tratando de atisbar la fuente sonora. Al parecer, aviones sobrevuelan la ciudad a gran altura y velocidad. Ella habría olvidado el hecho si no fuera por un detalle. Un detalle tan pequeño, pero que marcaba un mundo de diferencias. Por debajo del ruido de los aviones, se escuchaba una débil sirena proveniente de la casa del gobernador, a unas diez cuadras. ¡Ataque!

En un santiamén, la anciana se dirige hacia el patio a recoger a la niña y llevarla a un lugar seguro. La toma entre sus brazos, pero... algo la detiene. De entre las nubes se asoma un solitario punto negro. Un avión a gran altura ha logrado llegar hasta sobrevolar la localidad. La mujer lo observa fijamente con sus penetrantes ojos oscuros. Sin imprevisto, aparece un destello junto al avión. Algo cae a gran velocidad, revelado por los esquivos rebotes de la radiación solar en su cobertura metálica. Al poco rato, se logra divisar algo... un punto negro... luego un punto brillante. Más brillante que el lucero del alba, algo que se ilumina rápidamente como un sol. El cielo se torna blanco, refulgente. El destello la ciega completamente, rodeándola una ola de calor.

El cuerpo de ambas se evapora, antes incluso de oír el estruendo de la explosión.

*Isla de Honshu, Hiroshima.
6 de agosto de 1945.*

En la primera de las dos bombas atómicas usadas contra seres humanos, se liberó una energía equivalente a seis mil toneladas de TNT, destruyendo el 60% de la ciudad de Hiroshima, unos 10 km² y aniquilando al 40% de su población, víctima de la explosión y de sus efectos inmediatos... con el tiempo esta cifra aumentó por los efectos de la radiación.